

# El egoísmo de Tolstoi

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III



En un primer escrito que sobre Tolstoi escribió André Suarés en 1898—volvió a ocuparse en él varias veces posteriormente—decía: «Tolstoi niño es egoísta, como todos los niños. Todo lo refiere a sí. La mayor parte de los hombres hacen lo mismo, pero se hacen temer u odiar por ello porque el amor propio de los unos choca con el de los otros; combaten entre sí, se envidian, se dañan y en esto estriba que el yo sea odioso al yo. Tolstoi, bajo la figura de Besukhow y de Levine, nos hace muy a menudo el efecto de un hombre lleno de amor propio. Pero a despecho de sus violencias no cabe ni despreciarle ni odiarle. Quiéresele, por el contrario. Como el yo de los niños se hace querer, el suyo no es odioso y hasta allí donde parece sin vestidura es amable. Es que ese yo no se quiere a sí mismo. Con todo su orgullo, su violencia y a las veces su brutalidad, no tiene complacencia alguna de sí mismo».

La que viene a decir que el valor moral del egoísmo depende del «ego». Aquel que entrega su yo al servicio de los demás, de la humanidad, tiene derecho a defenderlo, en bien de los otros, con la mayor violencia posible. Quien da su vida a los demás debe defenderla aún a costa de las vidas de los que las guardan para sí.

«Aquí se ve—prosigue Suarés—como lo que la moral condena en el egoísmo no es, ni con mucho, lo que en él ve el espíritu. Los egoístas, según la opinión vulgar, son los que no aman si no su interés propio y lo prefieren a todo. Con más o menos conciencia, según que tienen más o menos corazón e ingenio. Pero de un niño lleno de vida, donde es serl todo entero está creciendo, alma y cuerpo, y la voluntad propia lo mismo que el papel que el destino le marca, no se puede decir justamente que sea egoísta. Crece y desenvuelve su fuerza. Si no tuviera una que le defiende contra la masa del universo, jamás podría llevarla a aquel punto de grandeza a que han llegado algunos hombres, y donde han sabido sacrificarla a ese universo mismo. Lo que es verdadero del niño lo es de ciertos hombres, y del genio. Se llama egoísmo a lo que no es en ellos sino el efecto de la fuerza sin la que no serían lo que son; ni capaces, sobre todo, cuando llegue el día, de un perfecto sacrificio. En cierto modo no cabe inmolar sino aquello que más se tiene. No se es pródigo sino de la propia fortuna. Es menester un yo muy lleno, grande y fuerte para un amor a los otros que sea fuerte y grande y lleno. Hay que ser egoísta, en fin, o poder serlo, para poder también no serlo».

Ha sido mi cantinela de siempre. Quien defiende y exalta su propia personalidad, su yo, defiende y exalta las personalidades, los yos de los demás. Y los que tienen poco yo, poca personalidad, no es que no sean egoístas; es que son apocados, bajamente egoístas. Son los peores de los egoístas, los neutros, los cobardes, los que ocultan y celan y tapan su yo por miedo a que se lo roben. Son los usureros, no los pródigos del yo. Porque nadie hace más ostentación de su yo que aquel que lo gusta, que lo va derrochando por la calle. Y en un país de envidiosos, es decir, de haraganes codiciosos, incapaces de ambición el que molesta no es el que guarda sino el que derrocha su fortuna. Dicen que insulta a los pobres el que va echando por la calle su dinero, pero los insulta, más el que se lo guarda en la hucha y sólo lo saca para que, tenebrosamente, le eche orías con la usura. Hasta la vanidad, no ya el orgullo, es mejor socialmente que no una sórdida e hipócrita modestia.

Y no lo digo en el sentido económico tan sólo, sino en el otro. El que hace usura de su alma, de su yo, el que guarda celosamente su prestigio, es un hombre abominable. Es el verdadero egoísta. Pero le llaman así al que lleva su yo en la mano para que viéndolo los demás piensen en los suyos propios.

Decía luego Suarés: «Sin el yo, no hay verdadera moral. Hay que llevar yo a lo más alto, en una entera perfección, para inmolarlo perfectamente. He aquí la moral. Los doctores y los sabios de tres kopeques jamás tendrán moral. No tienen derecho alguno a ello».

No necesitan más que de aritmética y de balances. Su yo pesa justamente lo que pesan sus dedos; sabido es que no pasa de milésimas de miligramo. Un doctor muy docto menosprecia todo peso por encima de eso».

Y añade Suarés: «Hé aquí, pues, los términos de una gran conciencia: donde no hay amor de sí, no hay egoísmo, aun cuando sea el yo más tiránico del mundo. No es egoísta aquel yo que no puede pasarse sin el amor divino y sin el bien en que se perpetúa al infinito, como la especie en el deseo. En ello halla su alimento un hambre ardiente de inoculación y, como el deseo, el yo se arroja a su querido abismo. Las generaciones del alma son mucho más embriagadoras que las de la carne y el yo se precipita a ellas».

Y por último, volviendo al egoísmo de Tolstoi, dice Suarés: «La religión de Tolstoi mata el yo, que ha vivificado antes. ¿Es que es menester matarlo? ¿Es necesaria tan terrible matanza? Cuanto más lo dice Tolstoi, mejor veo cuán grande es el suyo. Los pequeños egoístas jamás piensan en matar el yo; todos los hombres son pequeños egoístas. Ahora bien, son ellos los que deben matar el yo y aprender a perpetrar esa suave matanza. En cuanto a Tolstoi, es un maestro en esa enseñanza; no os inquietéis de si la sigue o





no, siempre que os enseñe a seguirla. Si Tolstoi y los de su laya cumplieron esa manzana del yo, sería quebrar el nervio del mundo».

Y Tolstoi, el gran egoísta según los pequeños egoístas, el pródigo de su yo, nos ha dejado, nos ha dejado su yo, que es nuestro yo, es de cada uno de los que leemos sus obras, sus actos, y enriquece nuestro yo, mientras que los yos de los pequeños egoístas que le imitaban su egoísmo, de los sórdidos usureros de sus personas propias, se han perdido para todos, para nosotros y para ellos mismos.

Y es que el que quiera salvar su yo, lo perderá. Y quieren salvarlo no los que lo derrochan, no los que lo ponen a toda luz y hacen ostentación de él, sino los que lo escatiman, los que lo entierran en las tinieblas de una vergonzosa vida privada.

Otras veces a ese egoísmo tolstoiano se le llama orgullo. Y hay que fijarse en lo que quiere decir orgullo en un pueblo de haraganes, como haraganes que son, son cobardes, por cobardes son envidiosos, y por envidiosos y cobardes son pordioseros. Porque haragane-ría, cobardía, envidia y pordiosería es todo, en el fondo, una sola y misma cosa. Y el

yo para mostrarse, para derrocharse, para imponerse, es decir, para darse—y sólo dándose se acrecienta y fortifica—tiene que trabajarse a sí mismo. Y de todos los trabajos el más penoso, os lo aseguro, es el de hacerse a sí mismo, es el de formarse un yo, es el de fraguarse un alma propia.

Miguel de Unamuno.

